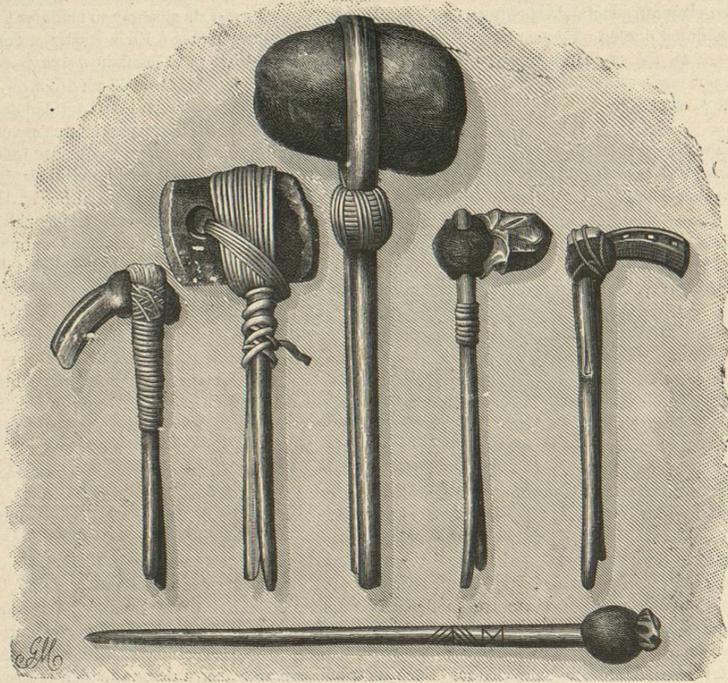


todas las probabilidades, la planta cuyas hojas vieron mascar Cook y Gregory como narcótico. Las raíces que, según Salvado, se fuman y mascan en la Australia occidental pertenecen seguramente á otra planta.

Algunas tribus conocen plantas venenosas muy activas y en cambio otras, la de los narrinyeris por ejemplo, no conocen ningún veneno vegetal, pero como en estas últimas se ha dejado sentir la necesidad de poseer un veneno, envienen sus armas con materias putrefactas.

La antropofagia está muy extendida en Australia y esta misma difusión y profundo arraigo de esa costumbre demuestran que se practica por razones muy distintas, por más que sobre este particular no se hayan hecho muchas observaciones. Esta monstruosidad no es, sin embargo, general, siendo muchas las tribus que la miran con horror. Los narrinyeris del bajo Murray dan como razón del odio que profesan á sus vecinos, los merkanis, la de que éstos roban á las personas gordas para comérselas. Taplin dice:



Hachas de piedra y de herraduras de los australianos («Museo Británico,» Londres)  $\frac{1}{6}$  de su verdadero tamaño

«Un hombre que tiene una mujer gorda no la deja fácilmente sola.» La influencia europea se ha dejado sentir en este punto, puesto que oímos decir hablando precisamente de estas comarcas que en los distritos costaneros habitados por europeos el canibalismo ha desaparecido entre los indígenas por el temor que les inspiran los severos castigos con que esta costumbre está penada. En las épocas de hambre se han registrado algunos casos de antropofagia aun en los territorios colonizados, y en la Australia central subsiste todavía en todo su apogeo, siendo, al parecer, la falta de caza la que á ella les impulsa. Refiriéndose á Queenslandia, dice Greffrath que la antropofagia es consecuencia de la falta de carne sin que á ello haya contribuido una verdadera necesidad, pues crece allí el llamado árbol *bunga-bunga* (*Araucaria Bidwilli* Hook) con sus frutos farináceos y alimenticios, que aunque sólo prospera en una limitada extensión de tierra y aunque únicamente cada tres años produce abundantes frutos, las provisiones que permite recoger son mucho mayores de lo que aquella tribu puede consumir, por lo cual se consiente á tribus extranjeras, á veces de territorios muy distantes, disfrutar de las sobras. Como los indígenas que van á estos territorios se han mantenido durante algún tiempo exclusivamente de este alimento vegetal, sienten luego, al parecer, un

deseo irresistible de comer carne; y como no pueden, so pena de que esta hospitalidad degenera en lucha, cazar en esos distritos que no les pertenecen, apelan al canibalismo y matan á uno de los suyos para proporcionarse aquel alimento.

La guerra es con mucha frecuencia causa del canibalismo: muchas veces se comen la grasa del corazón y de los riñones de los que han sucumbido en la pelea, para apropiarse el valor del enemigo, y en el Norte se separa la cabeza del cuerpo del adversario y los que han tomado parte en el combate se comen los ojos y la carne de las mejillas, con lo cual, en su sentir, se hacen más valientes. El cráneo, después de una animada danza en que se lo tiran unos á otros, se conserva en la aldea clavado en una pica. El hecho de que en las comarcas meridionales de Australia, especialmente en los lagos Alexandra y Albert, los cráneos sirvan de vasos á los aborígenes, no puede ser considerado como consecuencia inmediata de antropofagia, por más que se roce con ella, pues en Dahomey encontramos la misma costumbre. Cada mujer poseía antiguamente uno de estos vasos que generalmente ella misma había ahuecado, ahumado y preparado.

En los tiempos de calamidad y de guerra la superstición figura naturalmente entre las causas de la antropofa-

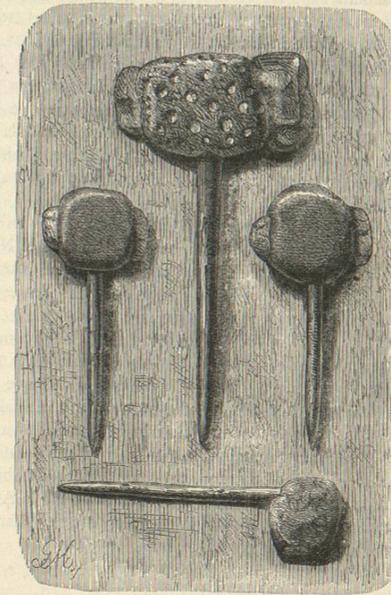
gía. Eyre, que al tratar de la antropofagia de los australianos demuestra ser mejor crítico que todos los demás viajeros, dice que los hechiceros ordenan que se coma carne humana para conservar las fuerzas sobrenaturales. En Queenslandia encontramos entre los indígenas un llamado «banquete del amor:» cuando muere una mujer joven ó una muchacha (en esa ceremonia no se atiende para nada á las mujeres viejas) los hombres que estaban emparentados con ella ó que sentían hacia ella cierta inclinación, se comen una parte de su cuerpo después de haberse pintado de blanco. Entre las tribus de la Australia central existe una barbarie análoga que consiste en devorar los cadáveres para no sentir más, según se dice, la pérdida del difunto. Entre los dieyeris del distrito de Lake (de los Lagos) y del Este del lago Torrens, el cadáver es conducido junto á un hoyo, en donde se hace una prueba para saber quién es el causante de la muerte, hecho lo cual se distribuye y se come la carne separada de los huesos. Esta bárbara costumbre está sujeta á ciertas reglas: los padres no pueden comerse á sus hijos, pero sí las madres; los hijos tampoco pueden comer la carne de sus progenitores: en cuanto á los demás parientes no hay ninguna limitación. Cuando muere un niño, la madre se come su cabeza, mientras los otros niños del campamento se ceban con la carne del cuerpo para crecer rápidamente: cuando muere un adulto son inmediatamente devoradas aquellas partes de su cuerpo en donde se cree encontrar sus más salientes cualidades.

En un país seco, como es Australia en su mayor parte, el agua ha de ser uno de los dones más preciosos de la naturaleza y como la falta de este elemento es á menudo la necesidad más terrible, los indígenas consideran el agua como propiedad inapreciable: lo primero y lo más importante que dicen cuando quieren alabar una comarca es demostrar que posee mucha agua. La posesión ó aprovechamiento de un lugar en donde haya agua es, junto con la posesión de una mujer, una de las más frecuentes causas de luchas. En sustitución del agua y como medio de apagar la sed y de refrescarse, tienen los australianos la costumbre de cubrirse el vientre con tierra, costumbre que practican en sus largas emigraciones por las estepas. También nos dicen, especialmente las memorias de viajes, que los indígenas abren pozos.

Casi nada puede decirse acerca de la agricultura de los australianos: considerado este punto superficialmente, casi podría decirse que carecen de esta base de toda superior civilización, como los bosquimanos y los habitantes de la Tierra del Fuego. La observación más atenta sólo encuentra huellas de la misma. En las islas del Príncipe de Gales, la encontramos como débil copia de la de los melanesios: Grey en el Noroeste y Burke en el interior encontraron cultivada una raíz de ignamo. En su viaje desde la bahía de Gantheaume hasta Hutt River, llegó Grey á un territorio fértil que tenía más de 3 millas inglesas de ancho, en el cual sólo se veía plantado el *swarran* (*Dioscorea*) y que estaba materialmente acribillado de agujeros de siembra. Esto es todo. Sin embargo, hay que decir que prescindiendo de la pobreza — que como hemos visto no ha de ser exagerada — de plantas indígenas que inviten á un cultivo, el suelo y sobre todo el clima son tan poco á propósito para esas tentativas, que estas circunstancias naturales bastan por sí solas para no dejar que la agricultura florezca más que en los pocos terrenos más favorecidos y aun en éstos únicamente merced á una energía que no es de suponer ni en los pueblos naturales más adelantados. La prohibición de arrancar, aun después de marchitas, las plantas

que tienen semilla y que sirven de alimento — prohibición sobre la cual llamó G. Grey la atención — es simplemente un mandamiento impuesto por la necesidad que amenaza con el hambre: de esto á multiplicar y cultivar estas plantas hay una gran distancia.

La vida de los australianos ofrece poco espacio para la industria. La distinta propagación de las materias primeras por el país exige mayor división del trabajo de la que podría esperarse de un estado de tan sencillas relaciones. Las tribus de Adelaide, en donde la caza abunda, eran por ejemplo más hábiles que las de Port Lincoln en la fabricación de cobertores ó mantas que se confeccionaban cosiendo pieles unas con otras. A ello contribuyen también cier-



Hachas de piedra de los australianos (Museo para Etnografía, Berlín)  $\frac{1}{6}$  de su verdadero tamaño

tas aptitudes heredadas. En el seno de una misma tribu cada familia elabora cosas determinadas para las cuales tiene primera materia y otras facilidades, dedicándose unas á las esteras, otras á las armas, etc., y cambiándose luego unas con otras los productos. Pero la mayor parte de las cosas se hacen donde y cuando se necesitan. De las industrias primitivas que en otras partes se encuentran, faltan por completo la alfarería, la afiladura de las armas de piedra, casi todo lo que se relaciona con la agricultura y con la ganadería y en cuanto á las demás están limitadas á la preparación de pieles, á la fabricación de armas y utensilios de madera, piedra, moluscos, etc., y á entrelazar y coser.

La preparación de las pieles, en la que el curtimiento es por completo desconocido, se hace, como hemos visto, estirándolas, raspándolas y frotándolas. Las pieles se unen cosiéndolas con tendones de la cola del kanguro, después de haber practicado en ellas con un hueso muy afilado los agujeros necesarios (véase el grabado de la pág. 417), y como las pieles no están curtidas, los indígenas preservan cuidadosamente de la humedad el lado interior de sus capas y cuando llueve se las ponen de manera que el pelo esté en la cara exterior.

El arte de entrelazar se aplica principalmente á la confección de redes, que se parecen á las redes sencillas de nuestros pescadores. En punto á esteras no hacen cosa notable, siendo mejores los trabajos que ejecutan en el ramo de cestería (véase el grabado de la pág. 413).

La afición á los adornos no ha alcanzado en Australia aquel grado de desarrollo que tan favorable es al comercio y que encontramos, por ejemplo, entre los sudafricanos tan aficionados á las cuentas y á las conchas cauris. Las tentativas hechas para entablar un comercio de cuentas con los australianos no han dado buenos resultados, á lo cual ha contribuido en parte la carencia de productos indígenas que pudieran servir para efectuar los cambios. Los indígenas no sabían explotar el oro; el marfil y las plumas de avestruz faltaban por completo en sus territorios; los esclavos los producían en abundancia los territorios vecinos: es decir que esos indígenas carecían de los principales alicientes para el comercio primitivo. Esta circunstancia de que la Australia ofreciera escasos atractivos para que los pueblos extranjeros la visitaran y practicaran en ella el comercio, es indudablemente una de las principales causas del atraso etnográfico en que se encuentran los pueblos de esta parte del globo.

En el interior de Australia, sin embargo, algunas tribus hacen un comercio insignificante entre sí y aun en el Norte cambian los indígenas de territorios muy apartados unos de otros, por medio de las tribus intermediarias, los escudos y otros objetos por el ocre que no tienen y que necesitan para sus ceremonias. Los dieyeris también comercian un poco, pero les impulsa á ello más el afán de la novedad que el deseo de adquirir. Ya hemos dicho que las mujeres son con mucha frecuencia compradas y vendidas. De todos los artículos de comercio que producen los australianos y que les proporcionan medios de cambio, indudablemente el más importante son las armas. También negocian con pieles para vestidos y con esteras. En la Australia occidental hay una palabra especial para designar el mercado ó la misa, á saber *mandjar*.

#### CAPITULO IV.

##### FAMILIA Y SOCIEDAD DE LOS AUSTRALIANOS.

«Las tribus de los australianos no han progresado hasta alcanzar aquel grado de la formación de Estados que permite el desarrollo de grandes reinos con fronteras perfectamente marcadas.»

\*\*

Nacimiento. — Infanticidio. Educación. Nombres de los niños. — Nombres de las tribus de familias. Kobong. Exogamia. Reglas de parentesco. Heredación. Condición de la mujer. Moralidad. Matrimonio. Rapto de la novia. Una escena de la vida diaria de los australianos del Sud. — Ceremonias mortuorias. Juicio de difuntos. Sepulcros y sistemas de enterramientos. — Debilidad de la organización política. Derecho de propiedad en el país. Límites. Caudillazgo. Las tribus de familia. — Relaciones jurídicas. Venganza. Asambleas consejeras. Trato de las tribus entre sí. Estado de guerra. — Ngiampe. Consagraciones de jóvenes. Narumbe. Consagraciones de muchachos.

Cuando una mujer embarazada siente aproximarse la hora del parto, es decir, cuando — como dicen las tribus de la montaña de Macdonell — Altjira (Dios) quiere enviar un hijo, aquélla es alejada del campamento en compañía de algunas mujeres y tiene que evitar, como durante los períodos de su menstruación, la presencia de hombres y muchachos. Después del nacimiento, el padre de la criatura

que, como todos los demás ha de estar ausente en el acto del alumbramiento, es llamado al lado de su mujer y entonces, en algunos lugares, se pone á trabajar y á servir á ésta encendiendo fuego, llevando agua, etc. La afirmación de que el hombre no se cuida de la partera ni del recién nacido es, en muchos casos, una de tantas afirmaciones como contienen las descripciones exageradas que en tan gran número producen, hablando de los australianos, los etnógrafos pesimistas. Esta ruda indiferencia no constituye la regla general. No puede negarse, á menos que sólo se fije uno en las excepciones, que las madres y los padres sienten cierta ternura para con sus hijos: cuando muere alguno de éstos, es muy frecuente ver á la madre llevar, por espacio de 10 ó 12 meses, el cadáver del mismo en su saco y dormir sobre él hasta que no quedan más que los huesos, que entonces son quemados ó enterrados. Los padres se muestran cariñosos llevando de la mano ó en brazos á sus hijos que están cansados. Grey nos hace una descripción gráfica de una requisita que hicieron los indígenas del Noroeste para apoderarse de los ladrones de campos y dice que habiendo sido aprehendido como cómplice un muchacho, el padre de éste hizo cuanto pudo para evitar que lo prendieran: primero manifestó que el niño dormía en el momento en que se suponía verificado el robo; luego dijo que las pisadas no eran del niño sino de su segunda madre; y por último alegó la poca edad del niño diciendo que su madre lo había desencaminado y se arrojó en sus brazos sollozando. Grey termina su relato con las siguientes palabras: «Los indígenas se han sentido siempre poseídos de un cariño apasionado por sus hijos.» Por más que se cometan algunas faltas por irreflexión, especialmente en el período en que las madres llevan á sus hijos envueltos en un trozo de corteza á consecuencia de las cuales los niños mueren de inanición ó de frío ó quemados; y por más que la excesiva mortalidad de niños sea una prueba de que la crianza y la custodia de los pequeñuelos son deficientes, siempre aparece grande el amor materno durante el período de la lactancia, que dura de dos á tres años.

En esta clase de relaciones presenta, sin embargo, el alma de estas gentes grandes contrastes, así por ejemplo oímos referir á personas tan dignas de crédito como Wyatt, que durante muchos años fué *Protector of the Aborigenes* de Adelaide, que una madre se disponía á matar á su recién nacido por amor á su hijo de cuatro años que aun mamaba. Algunas observaciones más profundas, como las que debemos á Meyer, Taplin y Gason, acerca de los sudafricanos, no permiten abrigar duda alguna respecto de las proporciones que entre los indígenas australianos alcanza el infanticidio. Una anciana narrinyeri aseguró á Meyer que si los europeos tardan dos años más en llegar á Australia hubieran encontrado este continente enteramente despoblado y otros individuos de la misma tribu le afirmaron que la mitad de los niños son víctimas de esta costumbre cruel. De todas maneras el número de los nacidos no guarda proporción con el de los sobrevivientes y ciertamente no puede hacerse del todo responsables de esa diferencia á las malas condiciones dentro de las cuales se desenvuelve la existencia. La estadística tiene en este país escasa importancia; sin embargo, podemos decir que Grey confeccionó una lista del número de nacimientos correspondientes á 41 mujeres por él conocidas, que ascendía á 188, correspondiendo á cada una de ellas de 4 á 6. La cifra máxima que sólo arrojan tres mujeres, es 7 y á excepción de una, todas las demás tuvieron más de un hijo. La mujer que cita Meyer únicamente había matado un niño, pero conocía á muchas que habían sido dos y tres veces infanticidas. Por regla ge-

neral el infanticidio se consuma á raíz del nacimiento y el procedimiento seguido consiste en clavar en el cráneo del recién nacido, por la oreja, palos ardientes, llenando luego los agujeros con arena: mientras se ejecuta esta operación, se enciende una gran hoguera en la que se quema el pequeño cadáver. También se les da muerte aplastándolos con un golpe de maza y estrangulándolos. Taplin, que en 1873 escribía hablando de los narrinyeri «hace 13 años se daba muerte á la tercera parte de los recién nacidos,» consigna como causas usuales de esta costumbre las siguientes: «Se daba muerte á todo niño que nacía antes de que el hermano que le había precedido pudiese andar, pues la madre no podía llevar consigo á los dos á la vez; matábase también á los niños deformes y á los gemelos, unas veces sólo á uno, otras á los dos; la mitad por lo menos de los hijos de blancos era víctima de la codicia de los hombres indígenas. Los hijos de solteras eran á menudo sacrificados, y por último se citan casos de que una madre joven mataba por rabia y por venganza al hijo que tenía de un matrimonio contraído contra su voluntad.» Aun en los casos peores se ha procurado, por lo menos en la forma, humanizar en algo el infanticidio; en efecto, las tribus de Port Lincoln son de las que se encuentran á más bajo nivel y sin embargo entre ellas el infanticidio, allí tan frecuente, no lo comete la madre ni se lleva á cabo en el mismo campamento, sino que lo verifica otra mujer á cierta distancia de éste y acompañada por la recién parida. Hablando de esta costumbre ó mejor dicho de esta barbarie, conviene hacer notar que las muchachas suelen parir desde muy jóvenes, siendo en esos pueblos cosa muy frecuente ver madres de catorce años.

De estos hechos no hay, empero, que deducir que los australianos sean incapaces de sentir amor por sus hijos: la naturaleza no les niega aquella fuerza que hace triunfar los instintos humanos de las calamidades y de la barbarie; así es que una vez resuelto que un niño viva, el cariño y la paciencia con que se le trata no reconocen límites. Cada rasgo agradable de su modo de ser es observado con encanto, y el cuidado más tierno vela por el niño. «He conocido — dice Taplin — hombres que durante la ausencia ó enfermedad de la madre reemplazan cerca del niño á la guardiana por espacio de horas seguidas, llegando realmente á distinguirse en su tarea. En cierta ocasión vi á un hombre matar, lleno de coraje, á todo el que se ponía al alcance de sus armas, sólo porque había visto en la frente de su pequeño hijo una ligera mancha de sangre consecuencia de un golpe que casualmente había recibido. Recuerdo también á un matrimonio que lloraba amargamente por la muerte de un hijo que hubiera debido ser asesinado, según la bárbara costumbre, porque su hermano inmediatamente mayor no podía todavía correr, y á quien yo había podido salvar la vida gracias á mi influencia. Sus padres le tomaron un cariño inexplicable y cuando murió demostraron un dolor como yo no lo he presenciado nunca tan verdadero y tan conmovedor.» La madre se distingue, naturalmente, por su abnegación. Cuando el niño puede vivir, se le prodigan atenciones mayores que las de que es objeto la mayoría de los hijos de las familias europeas pobres. Para asegurar su prosperidad, se apela á la superstición, atándole alrededor del cuello el cordón umbilical. A los niños no se les baña nunca y sólo se les frota con arena seca: cuando gritan, los unos se los quitan á los otros para calmarlos á fuerza de caricias. El padre, cuando se trata de un hijo varón, lo lleva consigo, en cuanto puede andar, á la caza y á la pesca, le instruye en todas las habilidades prácticas, le refiere las tradiciones que se relacionan con determinados lugares y le educa de esta suerte

para que desde niño pueda buscarse por sí mismo la mayor parte del sustento, ora cazando, ora dedicándose á la pesca, etc. Pocas cosas nos dicen las memorias de los observadores respecto de los juegos de los niños, pues en ellas sólo se hace mención de juegos de armas, especialmente delanza. Desde los 14 ó 15 años toma el joven parte en las guerras y en los combates y cuando cuenta 16 ó 18, es decir cuando comienza á crecerle la barba, entra en el círculo de los hombres, en donde es admitido previas las ceremonias que más adelante estudiaremos.

El niño, en cuanto puede andar, recibe un nombre, pero éste no es perpetuo sino que se cambia en determinadas ocasiones, como por ejemplo cuando aquél llega á la edad viril. Muchas veces también adoptan el padre y la madre nuevos nombres después de tener un hijo hasta que les nace otro: así por ejemplo, entre los narrinyeri el Kulmantiye Arni es el padre y la Kulmantiye Anikke la madre del Kulmatinyeri. Los nombres de los hombres y los de las mujeres se distinguen á menudo entre sí por las terminaciones. En Queenslandia, los nombres de Barang, Bundar, Bandur y Derwain se aplican á los hombres, y á las mujeres los de Barangum, Bundarum, Bandurum y Derwaingum. En Bulonne, se usan los nombres Urgilla (con el femenino Urgillagun), Obur (y Oburugun), Umburiri (y Umburirigun), Wungo (y Wungogun), etc. Los nombres duales en las mujeres son desconocidos desde su origen. Lo más común entre esas tribus errantes es aplicar nombres tomados de los lugares, como por ejemplo Rilgewae, el que ha nacido en un lugar llamado Rilge, ó bien nombres de estaciones, como Waldamnyeri, el que pertenece al verano. En esta materia es probablemente de gran influencia la costumbre de no repetir nunca los nombres de las personas difuntas, pues como los indígenas toman sus nombres de los lugares, de especialidades de lugar, de animales y de productos, la muerte de las personas trae consigo como consecuencia un cambio continuo no sólo de los nombres de los que se llamaban como aquéllas, sino también de las denominaciones geográficas y demás. Es, pues, innegable la influencia que en las variaciones del idioma ejerce esta costumbre, tanto más cuanto que son á centenares las tribus que la profesan. Además del nombre propio se lleva el de la tribu, tomado de las cosas animadas y de las inanimadas, á lo cual hay que atribuir la extraordinaria profusión de determinados nombres que tanto sorprendió á Grey. Este encontró, en la Australia occidental, en una extensión de 400 á 500 millas inglesas de anchura, empleados los mismos nombres, y en la Australia meridional halló un hombre que llevaba uno de éstos: además, designó como propio de la Australia occidental un nombre, Yungari, que Flinders menciona en el golfo Carpentaria. A esto puede contribuir dentro de ciertos límites el cambio de nombres, pues esta costumbre polinesia se halla muy extendida también en el continente australiano. Los dos amigos que se cambian el nombre se llaman desde entonces hermanos y tienen una porción de obligaciones recíprocas que cumplir. Al Norte de la bahía de Moreton, en Wide Bay, se daban los que tal hacían el nombre de amigos frotándose las narices una con otra, con lo cual quedaba convenida la alianza. El mismo origen de los verdaderos nombres propios impone algunas conformidades, pues para su aplicación hay que tener en cuenta el número que ocupa el niño en la serie de sus hermanos y el lugar en donde ha nacido.

Esta conformidad de nombres reconoce por causa principal el hecho de que cada una de las tribus se divide en un número grande ó pequeño de grupos, cuyo origen y objeto no se explican claramente, pero que en todos los casos